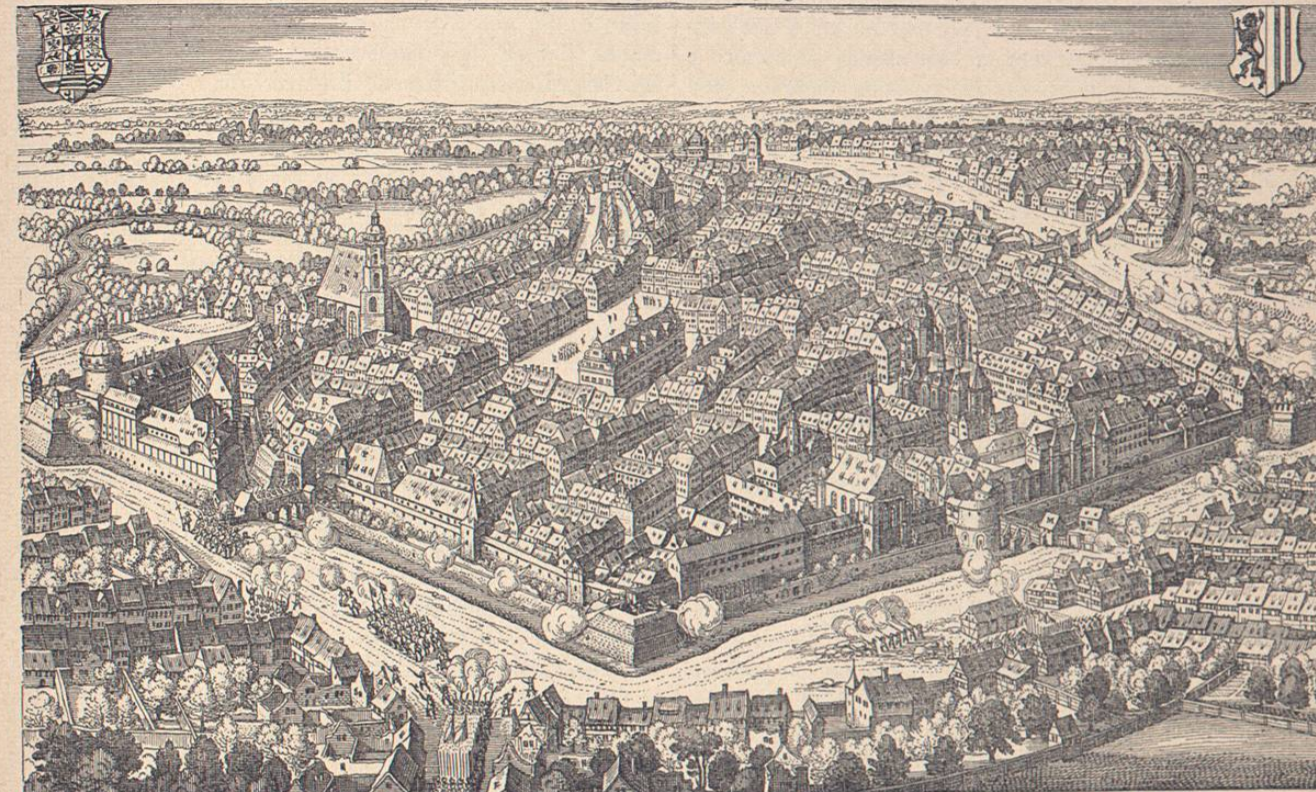


entre las clases directoras de la nacion y que fué consecuencia necesaria del trato diplomático cada vez mas frecuente entre las distintas naciones antes y durante la guerra. En un principio, el cambio de ideas y de tendencias que ese trato produjo fué sin duda alguna beneficioso y fructífero: la costumbre adoptada entonces en las cortes de los príncipes y entre la alta y baja aristocracia de enviar á sus hijos al extranjero, especialmente á Italia, Francia y España, para que se perfeccionaran en los usos cortesanos y en punto

á cultura intelectual, social y artística, habia aportado á aquellos círculos una porcion de ideas y de elementos de ilustracion completamente nuevos. Pero hartó pronto hubo de verse que el espíritu alemán se asimilaba lo extranjero en mucho mayor grado de lo que era de desear para que se conservaran la educacion y las costumbres nacionales. Con el refinamiento de las formas sociales que en París imperaban, los jóvenes príncipes y aristócratas llevaron á su patria alemana la desmoralizacion y la frivolidad que allí reinaban

Abriß der Churfürstlichen Sächsischen Stadt Leipzig, wie dieselbe jetzige Zeit im Weiere ist.



A. Schloss oder Esplanade  
B. S. Thomas Kirch.  
C. Rennweg  
D. Barfüßler Thor  
E. Barfüßler Kirch.  
F. Randsch Thor  
G. Pflanzung  
H. Heilig Thor  
I. Korn Hauff  
K. New Collegium  
L. Groß Collegium  
M. Grimmsch Thor  
N. Pauliner Kirch.  
O. Pauliner Collegium  
P. Peter Kirch.  
Q. Peter Thor  
R. Peter Collegium  
S. Johannis  
T. Burck Keller  
V. Döring und Thom. Platz  
W. Korn Hauff  
X. S. Nikolai Kirch.  
Y. Grund Hauff  
Z. Mühlgraben  
1. Thom Thor  
2. Thom Thor  
3. Thom Thor  
4. Thom Thor  
5. Thom Thor

Leipzig atacada en 1632 por las tropas de Wallenstein. Facsimile del grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, parte III

y que excitaron la indignacion y la cólera de los patriotas ardientes. El traje sério y decente que habia prevalecido durante la primera mitad del siglo xvi, cedió su puesto á la absurda rigidez española y despues á la moda elegante, pero frívola, de los parisienses, ganando cada dia mas terreno una coquetería que se designó con el nombre de *à la mode* y que fué objeto de las mas tremendas burlas de los satíricos. El cabello, que á principios del siglo se dejaba crecer suelto, llevóse rizado y adornado y fué sometido á las tenacillas, á los hierros y á las pomadas; en cuanto á la cara, se usó el bigote y la barba á lo Enrique IV, estando el resto completamente afeitado. El jubon y los calzones eran ligeros, y estaban entretejidos con delicados adornos los cuellos y los puños y tenian hilos de oro. Entonces se usaron por vez primera entre los señores alemanes los guantes de color y perfumados segun la moda extranjera. Las alas del sombrero fueron cada vez mas anchas y levantadas y la pluma llegaba á menudo hasta la rodilla. Mas marcado y perjudicial fué el influjo que la moda extranjera ejerció en el traje femenino, en el cual habíase notado á principios del siglo una tendencia innegable hácia un perfeccionamiento. Los rígidos peinados españoles habian sido sustituidos por el peinado de

bucles; en vez de la gorra María Estuardo y del poco elegante sombrero español llevábase el ligero sombrero blando, en vez de la golilla el cuello de encajes y en vez de la falda con ballenas la falda caída en pliegues naturales: los zapatos se usaban estrechos y muy sencillos. Pero durante la segunda mitad de la guerra las mujeres que habian aceptado la frivolidad francesa en punto á usos y costumbres admitieronla tambien en cuanto se referia al traje. El tocado de plumas y rizos fué mas gracioso y elegante, pero al propio tiempo tuvo un carácter de mayor coquetería; los cabellos se llevaron retorcidos formando los llamados *nudos de amor*; los vestidos se recargaron de cintas y lazos, rosas y ortigas, bordados y encajes. Instrumentos de embellecimiento de todas clases, aceites y polvos ocuparon importante puesto en los tocadores de las damas que daban el tono. Todas estas costumbres extranjeras, en el número de las cuales figuraron muy pronto los lunares postizos, fueron poco á poco introduciéndose en la clase media acomodada á pesar de las disposiciones que respecto del traje y del lujo regían, de suerte que toda la existencia de las clases alta y media revistió un aspecto completamente extranjero.

¡Y si esas influencias se hubieran limitado á lo externo!



Pero, lo mismo que en el traje, el influjo extranjero y muy especialmente el francés se dejó sentir en toda la vida intelectual y social, siendo también en este concepto funesta la alianza política de los príncipes protestantes con Francia. Del mismo modo que los príncipes alemanes se entusiasmaron con el absolutismo creado por Richelieu y Mazarino y elevado á su más alto grado por Luis XIV hasta el punto de equiparar la persona del monarca con el Estado («el Estado soy yo»), y aun llegaron á imitarlo de una manera casi siempre ridícula, del mismo modo también prevalecieron en Alemania las costumbres, la vida y el traje de la corte de Versalles. Los más de los pequeños príncipes alemanes trataron de rivalizar con esta por su lujo y magnificencia que contrastaban marcadamente con el mal estado económico y con la escasez de recursos con que aquellos contaban: cada uno de estos imitadores se creía en el deber de tener, como el rey cristianísimo, una querida oficial y una corte suntuosa. Pero así como el lujo y las disipaciones de la corte francesa se hallaban en cierto modo ennoblecidos, á pesar de la frivolidad dominante en los círculos cortesanos, por el gran número de hombres de talento que allí acudían, en las cortes alemanas afrancesadas solo podían imitarse los elementos perjudiciales así externos como internos de aquella vida, faltando como faltaban en ellas los Racine, los Moliere, los Boileau y los Fenelon que en Francia constituían el contrapeso ilustrado de la existencia social en todo lo demás corrompida y poco seria. El lujo, las disipaciones y las ridículas cuestiones de etiqueta que de uno y otras eran consecuencia, apartaban á esos pequeños príncipes del cuidado de otras tareas más importantes que el estado nacido de los males de la guerra imponía imperiosamente. Fué una verdadera suerte para Alemania que al lado de estos hubiera también otros príncipes que, permaneciendo ajenos á esa imitación servil de lo extranjero, á ese afán por las pompas exteriores, se consagraran con celo y con éxito á la labor más seria y más digna de administrar bien su país, de realzar la agricultura y toda actividad industrial y de mantener el carácter alemán en toda su pureza despreciando cuantos elementos franceses pudieran desnaturalizarlo. En esto y en todo cuanto significaba solicitud por los intereses de sus Estados dieron á los demás príncipes brillante ejemplo digno de imitación el Gran Elector de Brandeburgo, el landgrave Jorge II de Hesse-Darmstadt (1605-1661) y el duque Ernesto el Piadoso de Gotha. También el elector Carlos Luis del Palatinado trabajó mucho para la salvación y el renacimiento económico de su territorio que á tan triste situación había llegado. En este terreno se ofrecía una labor eminentemente fructífera y llena de prosperidades á los príncipes alemanes que tenían perfecta conciencia no solo de los nuevos derechos, sino también de los nuevos deberes que les imponía la soberanía alcanzada por virtud de la paz de Westfalia.

Todos los campos de la actividad creadora de los hombres que sirven para el embellecimiento y para el lujo noble de la vida y que por ende solo pueden prosperar dentro de relativas condiciones de bienestar, como las artes y las ciencias, necesitaban ser atendidas, estimuladas y fomentadas desde arriba porque la deplorable situación en que se encontraba el país hacía que desde abajo únicamente en pequeña parte pudiesen ser objeto de estas atenciones, estímulos y fomento.

Desde este punto de vista la afición á la pompa y al lujo de muchos príncipes, contenida dentro de razonados límites, ejerció una influencia benéfica en la totalidad del desenvolvimiento de la cultura, pues con ella se ofrecieron especialmente á la arquitectura multitud de labores de alto vuelo merced á las cuales pudo ponerse en comunicación con las

tradiciones de los antiguos tiempos. Sin embargo, es indudable, y al propio tiempo natural, que el arte y las industrias artísticas decayeron, evidenciándose más esta decadencia en todas las esferas de la actividad artística. A fines del siglo XVI todavía se dejaba sentir la influencia de los ricos y variados impulsos del Renacimiento que dieron vida á una porción de construcciones magníficas levantadas en las cortes de los príncipes y en las florecientes ciudades comerciales. Después de los más notables monumentos del Renacimiento que datan de mediados del siglo XVI, como el edificio de Oton Enrique en Heidelberg (1556-1559), las arcadas del palacio de Stuttgart, el Plassenburg (comenzado en 1560), levantáronse aun á principios del XVII grandiosas construcciones, si bien de ornamentación harta recargada, como las Casas Consistoriales de Bremen (1612) y de Augsburgo (1615). También las viviendas de los patricios que habitaban en las ciudades, como la llamada *Pellerhaus*, y los magníficos edificios de madera de muchas ciudades de la Baja Alemania (Hildesheim, Goslar, Brunswick) atestiguan la fuerza creadora del período que precedió á la guerra. Pero las calamidades que esta trajo consigo fueron debilitando cada vez más las aptitudes artísticas, y cuando la burguesía, vueltos ya los tiempos de tranquilidad, recobró la calma perdida y lenta y gradualmente procedió á reconstruir lo derruido, contentóse con edificios sencillos y desprovistos de adorno en cuya construcción se atendía más á la solidez que á la ornamentación artística externa.

Más lastimoso aun que el de la arquitectura profana era el estado de la arquitectura religiosa, en la cual el estilo del Renacimiento no alcanzó nunca el grandioso y variado desarrollo que en los anteriores períodos había adquirido el gótico que, más ajustado á las necesidades religiosas y trascendentales, se conservó para estas mucho más tiempo que para las construcciones de carácter profano. Esto no obstante, el período del Renacimiento ofrece algunos ejemplares de templos admirables como el de San Miguel, de Munich, construido desde 1582 á 1597. En breve, y debido especialmente á la influencia de los jesuitas, prevaleció el recargado estilo churrigüesco, cada vez más degenerado y más anti-artístico, que ya á fines del siglo XVI tuvo un notable y fecundo maestro en el arquitecto y pintor estrasburgués Wendel de Dietterlein. Mucho trabajó también como constructor y restaurador de templos el obispo de Wurzburg, Julio Echter de Wespelbrunn (1573-1618), entre cuyas muchas construcciones citaremos solamente el hospital de San Julio con la iglesia de San Kilian de aquella ciudad.

En la plástica la decadencia se había iniciado muchísimo antes que en la arquitectura: en ella el Renacimiento no ejerció nunca una influencia tan duradera y tan intensa como en la arquitectura profana. Ciertamente que especialmente en la primera mitad del siglo XVI se produjeron algunas obras magníficas de carácter religioso, como el hermoso altar construido en 1521 por Juan Bruggemann, natural de Husum, para los canónigos agustinos de Bordersholm; pero no hubo entonces un solo maestro de la valía é importancia de Pedro Bischer, de Veit Stoss, de Adán Krafft y de Jorge Syrlin. De un solo golpe de vista puede estudiarse la decadencia gradual del arte plástico en el gran sepulcro del emperador Maximiliano I existente en Innsbruck, en el cual las figuras antiguas son de sencillez y belleza perfectas, al paso que las posteriores revelan artificio y amaneramiento. Desde la segunda mitad del siglo XVI los artistas indígenas fueron sustituidos cada día más por los flamencos, educados en Italia, que ejecutaron algunas obras excelentes sobre todo en sepulcros y piedras conmemorativas, de día en día más en moda, y en fuentes monumentales, como la de Nuremberga, cons-

truida delante de la iglesia de San Lorenzo por Benedicto Wurzelbauer en 1589, y la del patio del palacio residencia de Munich, modelada en 1618 por Juan Krumper de Weilheim.

De igual manera la pintura descendió poco á poco de la altura donde había llegado en los tiempos de Durero y de Holbein. La antigua escuela de Colonia tuvo algunos dignos continuadores en Antonio de Worms y Bartolomé Bruyn, el cual creó una obra de singular belleza con el altar mayor pintado en 1534 para la colegiata de Xante. Fuera de estos, aun entre los discípulos de Durero, de los que sobresalieron Cristóbal Amberger, Juan Schaufelin y Adán Elzheimer, y á pesar de la excelencia de algunas obras sueltas, la decadencia es evidente. En cambio en los Países Bajos seguía floreciendo la escuela de Van Eyck, que llegó á su más brillante apogeo con Pedro Pablo Rubens en la primera mitad del siglo XVII. Con él y sobre todo con sus contemporáneos y sucesores, especialmente Pedro Breughel, triunfa por vez primera un naturalismo sano, que algunas veces degeneró en rudo y vulgar, triunfo cuyas consecuencias se dejaron sentir en Alemania, particularmente en el grabado en madera y en cobre que se utilizaron cada vez más en la polémica religiosa.

Durante la segunda mitad del siglo XVI y los comienzos del XVII la actividad artística adquirió gran desenvolvimiento en Alemania, especialmente en las artes pequeñas y en las industrias artísticas. Los que labraban el oro y la plata, los joyeros, los que esculpían en marfil, los armeros, forjadores y grabadores pudieron emplearse con provecho para satisfacer las crecientes necesidades del lujo y produjeron una serie de pequeños objetos de arte, primorosamente concebidos y con especial solicitud ejecutados, que todavía hoy son encanto de los inteligentes. La pequeña plástica en oro y esmalte especialmente alcanzó á principios del siglo XVII un grado de perfeccionamiento muy superior á cuanto antes se había hecho y se hizo después en este género. Los centros de esta fecunda actividad artística eran Munich, Nuremberga y Augsburgo, y los artistas que mayor y más justa fama conquistaron en ese terreno fueron Wenceslao Jamnitzer y Antonio Eisenhut. Pero precisamente esa rama del arte que principalmente corresponde á mayor refinamiento del gusto y al aumento de exigencias del lujo hubo de sufrir á consecuencia de la guerra un terrible golpe del que no pudo reponerse totalmente durante algunas generaciones, pues en ellas como en todo lo demás y como en la misma literatura prevaleció cada vez más la imitación servil de lo extranjero.

Las terribles calamidades de la guerra habían paralizado casi por completo la vida espiritual, y esta situación apenas podían remediarla la libertad religiosa y de pensamiento garantizada por la paz, porque hasta en el protestantismo, por efecto de las contiendas dogmáticas del siglo XVI, á los ardientes sentimientos internos había sucedido el rígido dogmatismo y la austera ortodoxia cuya influencia enervante se dejó sentir no solo en la teología, sino en la literatura en general.

No es por tanto casual, sino consecuencia lógica de este estado de cosas, el que en la literatura nacional alemana de toda aquella época sea lo único saliente la sátira religiosa y política que llegó á su apogeo con Juan Fischart, muerto en 1589. Este escritor, el más fecundo y variado de todos los escritores protestantes del siglo XVI, flageló con demoledora crudeza, y descendiendo á una polémica ruda especialmente contra la Iglesia católica, el estado religioso y político de su tiempo, sin perdonar las locuras de sus propios correligionarios. Contra todos publicó sátiras largas y cortas, siendo de las más tremendas la titulada *Colmena del santo enjambre de abejas de Roma* (1579). Fischart fué en realidad el único

sucesor digno de los satíricos del período de la Reforma, y sin ninguna duda fué con Hans Sachs el poeta más importante de aquella época. Todo lo demás que en prosa y en verso y especialmente en el género dramático, y después de Hans Sachs en el satírico, escribieron así los protestantes como los católicos apenas pasa de una baja medianía. Es, sin embargo, digno de notarse que en la esfera literaria se sembraron precisamente durante la guerra las primeras semillas de una sana reacción contra el extranjerismo que habían de producir opimos frutos en el porvenir. Así por ejemplo el agudo epigrama satírico fué magistralmente cultivado por Federico de Logau (1604-1655), y en cuanto á los trabajos históricos sobre costumbres y cultura de Grimmelshausen y Moscherosch, casi más importantes como trabajos literarios, repetidas veces hemos hablado de ellos en el curso



Duelistas  
Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635)

de esta obra. Uno de los hombres de letras que más influyeron en la vida literaria y poética de aquellos tiempos, á pesar de sus escasas dotes de poeta, fué Martin Opitz (1597-1639) y la escuela poética silesiana por él fundada, pero su importancia descansa más que en sus composiciones poéticas en sus trabajos teóricos, en los cuales abrió nuevas sendas á la poesía alemana á la que quiso devolver su base nacional. El fué también quien pretendió volver la poesía, que los dialectos populares amenazaban destruir, al lenguaje luterano, único fundamento sólido de la misma. Opitz y sus sucesores, entre los cuales sobresalió Andrés Gryphius, contribuyeron, pues, poderosamente á conservar por lo menos en la literatura alemana, á pesar del predominio de lo extranjero en los demás ramos de la actividad humana, aquello que más necesitaba, lo único que podía ponerla en condiciones de devolver al pueblo por tantos males desgarrado un gran patrimonio espiritual común: la base nacional.

Por fortuna para Alemania, entre las clases directoras del pueblo, es decir entre los príncipes y entre los nobles, había hombres con sentimiento é inteligencia bastantes para coadyuvar á estos esfuerzos nacionales que tendían cuando menos á salvar el idioma de esa invasión de elementos extranjeros: esos hombres contribuyeron por su parte á libertar poco á poco la lengua alemana de este cáncer de todo lenguaje popular. En este sentido la «Sociedad fructífera» fundada en 1617 por Luis de Anhalt-Kothen á instancias del noble turingio Gaspar de Teutleben, ejerció una influencia en extremo benéfica, á pesar de todas las extravagancias que en otros terrenos cometía, demostrando que aun en medio de los horrores de la guerra no se había extinguido entre los príncipes y los aristócratas el sentimiento nacional y patriótico.



De las potencias espirituales que mas favorecieron esos esfuerzos nacionales ocupan lugar preferente el clero y las escuelas. Todos los pecados que pudo haber cometido antes de la guerra el clero alemán, así el protestante como el católico, con sus disputas dogmáticas que quitaron al pueblo toda afición á las cosas de iglesia y con los anatemas que cada cual fulminaba contra su enemigo, pueden serle perdonados por la actividad de que dió pruebas durante y despues de la guerra. En medio de los mas terribles desastres de



*Talis, Lector, erat facie sphaera Sirena  
Germani princeps carminis OPITIUS.  
J. ab Heyden sculpsit 1671.*

Martin Opitz

Facsímile reducido del grabado de Jacobo van der Heyden (1570-1637)

aquella larga lucha, la mayoría de los sacerdotes permaneció al lado de sus feligreses, con lealtad inquebrantable y con abnegación sublime. Prodigando consuelos á los desgraciados y á los oprimidos y cuidando valerosamente á los enfermos, mitigó el clero los indecibles padecimientos de la población, y una vez la guerra terminada, trabajó fiel, atenta y celosamente para el realzamiento moral é intelectual del pueblo. En esta tarea ayudáronle eficazmente las escuelas populares que entonces comenzaron á salir pensosamente del estado de postración, casi de aniquilamiento completo, en que habian caído despues del período floreciente de los primeros tiempos de la Reforma. También en esta esfera hubo algunos príncipes prudentes é ilustrados que comprendiendo toda la importancia de esta tarea trabajaron para poner remedio al lamentable estado de cosas existente. En donde mas activamente y con mayor éxito se trabajó en este sentido, despues de lograda la paz, fué en Wurttemberg, territorio que ya en tiempo del duque Cristóbal se habia distinguido por sus esfuerzos en pro de la enseñanza y que en el decreto eclesiás-

tico de 1559 habia sentado las bases de una fecunda organización escolar cuyos frutos vino á malograr la guerra. Un año despues de la paz de Westfalia se reunió en Wurttemberg un sínodo general que consagró toda su atención á esa tarea. En él se reconoció por vez primera legalmente la idea inmortal de la enseñanza obligatoria que tan tenaz resistencia encontró al principio entre los padres, especialmente en las poblaciones rurales donde los niños eran por tradición educados para las faenas agrícolas.

El duque Ernesto I el Piadoso, de Sajonia-Gotha, manifestó también desde 1640 gran celo por el fomento de la enseñanza, siendo de gran importancia para el desarrollo de la misma el hecho de haber aquel príncipe encomendado al rector del Gimnasio de Gotha la redacción de un libro de primeras letras y de otros libros de lectura y de aritmética que constituyen los fundamentos elementales necesarios de la instrucción popular. En 1648 se publicó el decreto de enseñanza de Gotha que fué la base de todo el desenvolvimiento ulterior de la enseñanza popular y que ejerció gran influencia en la de otros territorios.

Mucho influyeron en la enseñanza elemental y superior y en el perfeccionamiento de la pedagogía el talento y la actividad de Ratich y de Juan Amos Comenio, que nació en 1592 y murió en 1671, pues especialmente en las escuelas superiores volvieron por los fueros de la lengua patria y de las llamadas «cosas reales» enfrente de las exageradas tradiciones arqueológico-filológicas del siglo XVI.

Todas las esperanzas de la generación castigada por la guerra se cifraban en las escuelas y en las universidades, en las cuales fué preciso destruir los desastrosos efectos del período de la guerra, el *pennalismo* y el nacionalismo, que cada día adquirían un carácter mas brutal: ellas en primer término eran las llamadas, merced á los cuidados de sabios príncipes que comprendieron su importancia y su valor para el renacimiento paulatino de la cultura, á devolver á las venideras generaciones lo que la generación de aquel período habia perdido en los tormentosos y calamitosos tiempos de la guerra, á saber: el afán de nuevas actividades y de felices iniciativas y sobre todo la fé en sí mismas, que era lo único que podia infundir en aquel pueblo desesperado, abatido por la guerra y definitivamente desmembrado por la paz, la esperanza de un porvenir mas risueño de que tan necesitado estaba.

## RESULTADOS ULTERIORES

Despues de treinta años de calamidades se habia restablecido de derecho la paz en el territorio alemán, tan aniquilado por toda suerte de padecimientos; pero de hecho la pobre Alemania hubo de sufrir aun durante algunos años las vejaciones de las hordas de mercenarios nacionales y extranjeros que siguieron viviendo á costa de la desdichada población y cometiendo toda suerte de excesos y crueldades hasta que se hubieron cobrado todos los sueldos y contribuciones que por sus servicios se les debían. Despues de convenida la paz todavía se pasaron muchos meses sin que se procediera al canje de ratificaciones (18 de febrero de 1649), y ni siquiera cuando este se hubo efectuado abandonaron las tropas extranjeras el territorio alemán. Suecia sostenía, no sin razón, que la evacuación definitiva de Alemania por los ejércitos extranjeros no debía verificarse hasta que se hubiesen llevado á efecto las restituciones y las demás concesiones hechas en el tratado de paz á sus correligionarios, y por muy sensibles que fueran los daños causados á muchas comarcas alemanas por la permanencia de la soldadesca, preciso es confesar que sin esta circunstancia la resolución de los complicadísimos asuntos de las restituciones y la ejecución de las cláusulas referentes á

las cuestiones religiosas hubieran exigido mucho mas tiempo del que en ellas se invirtió entonces. Aun prescindiendo de la falta de buena voluntad por parte de muchos interesados, ¡cuán difícil fué restablecer el estado de cosas de 1618 para los asuntos civiles y de 1624 para la cuestión de los bienes eclesiásticos, conforme lo habian dispuesto las estipulaciones del tratado de paz al fijar estos años como normales! El congreso militar diplomático que en abril de 1649 se reunió en Nuremberga para resolver estas cuestiones tuvo que trabajar muchísimo para examinar hasta donde eran justas las contrapuestas pretensiones de los distintos partidos: medio año transcurrió antes de que se formalizara un acta interina y mas de dos años de que se dictara la sentencia principal de eje-

cucion de la paz (26 de junio de 1650), y tan reñidos fueron los debates en aquel congreso que parecia inevitable que estallara nuevamente la guerra. Cuando al fin se llegó en Nuremberga á un acuerdo, entonces pudo hablarse verdaderamente de la paz en el Imperio y saludarla con alegría y sin reserva alguna; entonces pudo Alemania respirar con libertad despues de tantos años de sufrimientos.

Sin embargo, ni siquiera entonces pudieron disfrutar de la paz todos los territorios alemanes: en los del Oeste, los mercenarios del duque de Lorena, arrojado de su patria, continuaron siendo durante mucho tiempo el azote de las comarcas por ellos ocupadas, y en los del Este el arreglo de una cuestión territorial importante, que el tratado de paz



*Nocte fides resonant: lapides nudata machera.  
ignibus exeret: sidera clamor adit:  
Luce vero madido vel sanguine fertitur ore:  
Sic tempus Placbo turba dicata terit  
M. C. G. Brabovius P. L. C.*

Ronda nocturna de los estudiantes de Estrasburgo

Facsímile del grabado de Jacobo van der Heyden, publicado en el *Speculum Cornelianum*; Estrasburgo, 1618

habia resuelto en lo principal, pero no en sus detalles, ofrecía grandes dificultades que pesaban gravemente sobre el Estado en ella interesado.

Hemos visto ya que en Osnabruck, despues de largas y animadas discusiones acerca de la indemnización territorial que debia concederse á la reina de Suecia, se habia por fin llegado á un acuerdo por virtud del cual el ducado de Pommerania debia ser repartido entre Suecia y Brandeburgo, correspondiendo á la primera la Pommerania anterior con Stettin y una faja de tierra en la orilla derecha del Oder, y al segundo la Pommerania posterior, y dejando que aquellos dos Estados se pusieran mas adelante de acuerdo respecto de la línea fronteriza que debia separar las dos porciones, así como respecto de la magnitud de aquella faja de tierra. Pero, una vez firmada la paz, Suecia abusó del derecho del más fuerte impidiendo que se llegara á una inteligencia que satisficiera las justas pretensiones de Brandeburgo y antes por el contrario aumentando de día en día sus propias exigencias. Mientras el acuerdo no se realizó, las guarniciones suecas continuaron ocupando las posesiones de la Pommerania posterior que el tratado de paz otorgaba sin ningun género de duda á Brandeburgo; y aun hizo mas Suecia, continuando con mas insistencia la política de Gustavo Adolfo respecto del Báltico, que fué exigir que se le dejara percibir los derechos aduaneros marítimos en toda la Pommerania y en Mecklemburgo. El elector de Brandeburgo hubo, mal de su grado, de ceder poco á poco en todo y transcurrió-

ron muchos años antes de que se diera á todas estas cuestiones una solución definitiva. A pesar de la conducta amistosa que para con Suecia habia observado el elector Federico Guillermo desde que se hizo cargo del gobierno, la reina sueca, que en otro tiempo habia estado á punto de ser su esposa, le trató sin ninguna consideración. Parecia como que el Estado de Brandeburgo, que por decirlo así acababa de nacer, iba á sucumbir aplastado por su poderoso vecino sueco, con tanta mas razón cuanto que el elector, cuya enérgica política hacia tiempo que excitaba la envidia y la desconfianza de Viena, no hallaba en el emperador protección alguna enfrente de las desmedidas exigencias de Suecia.

No hemos de entrar en el estudio detallado de estos sucesos que pertenecen á un estadio posterior del desenvolvimiento histórico: basta para nuestro objeto haber indicado el curso que siguieron los acontecimientos en el Imperio germánico despues de la paz de Westfalia. Lo mas esencial de ese estado de cosas puede concretarse diciendo que en primer lugar se dejó sentir mas intensamente que antes en las cuestiones puramente alemanas la influencia de los Estados extranjeros, de Suecia por un lado y de Francia por otro; y en segundo, que en medio de esta difícil situación política los distintos Estados territoriales viéronse reducidos á sus propias fuerzas sin que pudieran esperar el menor apoyo del emperador ni del Imperio. Esto era el reverso de la soberanía absoluta que la paz habia otorgado á los Estados territoriales alemanes. El Imperio no era ya, en el fondo,